

IMPORTANTE: Las siguientes páginas reproducen el guión utilizado para la elaboración de los vídeos de la asignatura. En ningún caso constituyen unos apuntes completos de la misma, si bien la información es un complemento útil para estudiar determinadas cuestiones. El contenido completo de la Historia Económica Mundial es el resultado de estos materiales y las notas tomadas en el aula por parte del alumnado.

LA REVOLUCIÓN AGRARIA Y LA TRANSICIÓN DEMOGRÁFICA | LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

1. Introducción.

El proceso de industrialización experimentado por Gran Bretaña desde el segundo tercio del siglo XVIII llevó a una serie de transformaciones en la estructura económica que afectaron tanto al ámbito de las innovaciones tecnológicas como a las fuentes de energía y a la forma de producir. También se vieron afectados la demografía y la importancia relativa de los distintos sectores económicos. De manera progresiva, la agricultura y la ganadería fueron perdiendo peso dentro de la producción total, dejando paso al predominio de la industria textil, la metalurgia y las actividades financieras.

Gran Bretaña constituyó un modelo para otros países europeos, que se industrializaron a lo largo del siglo XIX. Y algunos de ellos, como fue el caso de Alemania, llegaron incluso a superarla en producción industrial. Fuera de Europa, en la segunda mitad de esa centuria, los Estados Unidos y Japón llevaron a cabo su propia revolución industrial. Nació así el gigante económico americano, principal potencia del mundo desde la Primera Guerra Mundial hasta nuestros días.

Bienvenidos a esta serie de vídeos en los que vamos a analizar la evolución de la economía mundial desde los inicios de la revolución industrial hasta los últimos años del siglo XX. A lo largo de los siguientes minutos abordaremos dos cuestiones que están íntimamente relacionadas con el proceso de industrialización: las transformaciones en la agricultura y el crecimiento demográfico.

2. La revolución agraria.

Desde comienzos del siglo XVIII, la agricultura británica experimentó un considerable progreso que, como veremos más adelante, fue fundamental para el crecimiento demográfico. La influencia de los grandes terratenientes en el Parlamento permitió transformar, de forma progresiva a través de medidas legislativas, la estructura de la propiedad. Esto vino acompañado de cambios relevantes en las formas y técnicas de explotación, con el consiguiente aumento de la producción.

En el ámbito de la propiedad, cabe destacar la sustitución del *openfield* o sistema de campos abiertos, dominado por los métodos tradicionales y las prácticas comunitarias, por las *enclosures* o campos cerrados. Estas permitían ignorar las restricciones tradicionales de tipo comunitario, como el pasto en las zonas ya

cosechadas o las regulaciones sobre la rotación de los cultivos en campos abiertos, que dificultaban las innovaciones. En definitiva, los propietarios pudieron disponer libremente de sus fincas e, incluso, apropiarse de las comunales.

Las transformaciones en la estructura de la propiedad a las que nos venimos refiriendo llevaron al crecimiento de las explotaciones más eficientes, al retroceso de los derechos comunales y al empobrecimiento del campesino, hasta el extremo de verse convertido en jornalero como consecuencia de la pérdida de las tierras arrendadas. Así, el aumento del tamaño y la modernización de las explotaciones corría en paralelo a la proletarización de los pequeños campesinos, convertidos en mano de obra para los terratenientes.

En lo que se refiere a las formas de explotación cabe destacar, en primer lugar, la aplicación en Gran Bretaña de técnicas procedentes de los Países Bajos. Nos estamos refiriendo, fundamentalmente, a los sistemas de drenaje y a la llamada agricultura convertible, que combinaba complejas rotaciones de alimentos, forrajes y pastos. Esto permitía a las fincas sustentar un mayor número de cabezas de ganado, lo que aportaba una mayor cantidad de fertilizante y, por consiguiente, reducía o eliminaba el barbecho. También merece una mención especial el sistema Norfolk, que surgió a finales del siglo XVII y está íntimamente relacionado con lo que se acaba de comentar. Este se basaba en la aplicación de una rotación cuatrienal, eliminando el barbecho y permitiendo la incorporación, además de los cereales, de plantas forrajeras y leguminosas que ayudaban a fijar el nitrógeno y recuperar la fertilidad en la tierra. De esta forma, los forrajes permitían estabular el ganado y aumentar su peso, al tiempo que aumentaba la producción de cereales.

En esos años también se introdujeron nuevas herramientas en la agricultura británica, como el arado Rotherham y la trilladora mecánica, y se introdujeron nuevos cultivos, siendo el maíz y la patata los más importantes. El resultado fue un gran aumento en la productividad que permitió a los agricultores orientar la producción, no sólo hacia el consumo doméstico, sino hacia el mercado nacional e internacional.

El resultado de todo este proceso que acabamos de describir fue triple:

- La producción aumentó, lo que permitió abastecer de alimentos a la población, incluso con excedentes para la exportación de cereal, y al mismo tiempo suministrar crecientes cantidades de lana a una manufactura textil en plena expansión.
- La intensificación del trabajo en las explotaciones modernizadas, con nuevas rotaciones y sistemas de mejora de la tierra como los drenajes y el abonado.
- La creciente orientación del mundo agrario-rural hacia el mercado.

3. La revolución demográfica.

A mediados del siglo XVIII, Europa experimentó una transformación esencial: por primera vez la población salió del estancamiento demográfico e inició un proceso de crecimiento ininterrumpido. Es lo que conocemos como revolución

demográfica. Como consecuencia de las mejoras en las técnicas y la introducción de nuevos cultivos, se produjo un aumento en la producción de alimentos, que dio lugar a una alimentación más variada y abundante. A su vez, esto permitió que las personas fueran más resistentes a las enfermedades que, hasta la fecha, venían diezmando la población del continente. En definitiva, la gravedad de las hambrunas y las epidemias se fue atenuando, de tal modo que prácticamente desaparecieron los episodios de mortalidad catastrófica tan comunes hasta entonces.

Entre 1750 y 1850, Europa casi duplicó su población: se pasó de 140 a 266 millones. Este gran crecimiento fue consecuencia directa de la mejora alimenticia, comentada anteriormente, que llevó a una importante reducción de la mortalidad. Ahora bien, en la reducción de esa tasa, que pasó del 32‰ en 1750 al 23‰ en 1800, también desempeñaron un papel relevante los avances en medicina y los cambios en las prácticas de higiene. En ese ámbito destaca la mejora en el suministro de agua, el uso del jabón, el cambio habitual de ropa y la construcción en ladrillo entre otras cuestiones. Además, hasta mediados del siglo XIX, la natalidad se mantuvo estable en los niveles que traía del periodo anterior: en torno al 34‰. Por tanto, el retroceso de la mortalidad y sostenimiento de la natalidad hicieron posible que tuviera lugar un impulso demográfico decisivo para el desarrollo industrial, tanto por el aporte de mano de obra como por el aumento de la demanda.

El caso británico es, tanto por su ritmo de crecimiento como por su carácter pionero, el que mejor ilustra ese cambio. Gran Bretaña contaba con poco más de 6 millones de habitantes a mediados del siglo XVIII, cifra que se elevó a los 12 millones en el año 1820 y a los 18 a mediados del XIX. Es decir, en apenas una centuria se triplicó su población. Además, a diferencia de otros territorios europeos, la natalidad no se mantuvo estable en las islas británicas, sino que aumentó. Esto fue consecuencia del crecimiento de la oferta de trabajo en la segunda mitad del XVIII, que llevó a un adelanto de la edad nupcial e, íntimamente relacionado con eso, al aumento del número de matrimonios.